

POR OLGA R. SANMARTÍN

«Los alumnos son ‘youtubers’ y navegan por las redes, pero no saben leer bien»

La respuesta de la escuela al Covid-19 ha sido un éxito y la bajada de ratios durante el pasado curso parece haber tenido efectos positivos, pero los profesores se enfrentan a un incremento en las diferencias sociales y digitales del alumnado y a una pérdida de aprendizaje que puede llevar a más abandono temprano

El IES Cervantes, situado en el barrio madrileño de Embajadores, fue uno de los pocos centros públicos que este curso impartió clases *online* en tiempo real a los alumnos que, para mantener un aforo reducido, tenían que quedarse en casa un día sí y uno no. Mientras en otros institutos se limitaron a mandarles tareas individuales, aquí se dividieron los grupos en dos y todos atendían y participaban a la vez, unos en el aula y otros desde su ordenador. No se perdieron ni una lección.

La directora, Encarnación Maínez, cuenta que al principio los

calidad en el manejo de estas herramientas.

Según un estudio realizado por la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción (FAD) y BBVA a partir de entrevistas a 195 profesores de centros de difícil desempeño, el 63% asegura que el nivel de información y alfabetización digital de las familias es muy bajo o directamente nulo, a pesar de la importancia que ello tiene para el rendimiento del alumnado. Además, más de la mitad (52%) de los docentes encuestados percibe como mediano o muy bajo el nivel de sus alumnos a la hora de interactuar a través de tecnologías digitales.

El trabajo, publicado en julio, habla de «vulnerabilidad digital», entendida como la falta de conocimientos y habilidades para hacer un uso correcto, responsable o efectivo de las nuevas tecnologías. «Tienen un teléfono maravilloso y nos da la sensación de que son hábiles, pero con el paso de tiempo uno se da cuenta de que no», señala uno de los profesores. «Los alumnos son *youtubers* y navegan por las redes sociales, pero no saben leer bien», se queja otro docente. «No buscan información más allá de los móviles, no leen lo que se les da», afirma un tercero.

Cada vez hay más profesores que observan en los estudiantes una falta de buena base para enfrentarse de forma solvente a los retos complejos de la era pandémica. No ocurre sólo en centros de difícil desempeño, sino en todo tipo de colegios. En Matemáticas y Comprensión Lectora, los alumnos españoles siguen por debajo de la media de la OCDE tanto a los 10 como a los 15 años, según ponen de manifiesto los informes TIMSS, PIRLS y PISA. Este último estudio señala, por ejemplo, que el 25% de los adolescentes no sabe comparar distancias o convertir monedas. El nivel de los universitarios españoles también deja mucho que desear: según PIAAC, están a la altura de los bachilleres de Holanda o de Japón.

Hay un debate abierto en la comunidad educativa sobre el tipo de saberes que deben aprender los alumnos para ser más competentes. A un lado están los que apuestan por huir de contenidos «memorísticos» y reforzar las destrezas con uso práctico, porque «no tiene sentido aprenderse los nombres de los afluentes si puedes consultarlos



en Google». Otros dicen que en donde hay que insistir es en el conocimiento, pues sólo con un bagaje de contenidos los estudiantes podrán tener pensamiento crítico, resiliencia o autoestima.

El Gobierno se ha posicionado dentro del primer grupo, con un borrador de currículo de Primaria donde se detallan menos contenidos concretos que en la norma de 2014. A cambio, prima las habilidades de alfabetización digital, las herramientas para combatir las *fake news*, la perspectiva de género o un nuevo «sentido socioemocional» en Matemáticas.

También ha consolidado en la Ley Celaá –aprobada el pasado diciembre– la situación de excepcionalidad con los suspensos que ha habido en los dos últimos cursos, al permitir graduarse en la ESO y Bachillerato sin tener todas las asignaturas aprobadas. Este cambio ha tenido efectos: el porcentaje de alumnos que en 2019/20 promocionó en 4º de la ESO pasó del 86,4% al 92,2%, mientras que la proporción de estudiantes que logró el título de 2º de Bachillerato subió del 83,3% al 91,8%, según datos del Ministerio de Educación.

Maínez (segunda por la dcha.), con el equipo directivo del Cervantes. ANTONIO HEREDIA

profesores eran reacios, pero fueron convenciéndose unos a otros y enseñándose a partir del rodaje que adquirieron en el confinamiento del curso anterior. «Cuando nos mandaron a todos a casa, yo no sabía manejarme con las nuevas tecnologías, pero comencé a grabar vídeos con las explicaciones y fui poco a poco aprendiendo. Todos nos hemos ido ayudando y el que no sabía se dejó ayudar. Aunque lo deseable hubiera sido la presencialidad total, ha resultado bien porque a los alumnos les desolaba mucho tener que ir a clase en días alternos», expresa.

El proceso de aprendizaje colectivo en el que participaron los profesores de este instituto no se ha dado en la mayoría de los centros. El Covid-19 pilló de imprevisito a los docentes y a las familias y cada uno hizo lo que pudo para adaptarse. De forma desigual. Sin planes claros. Sin ayuda. Varios informes han puesto de manifiesto que el coronavirus ha ahondado en las diferencias entre el alumnado de distintos orígenes socioeconómicos: los que menos tenían se han quedado atrás.

Los expertos hablan de tres brechas digitales: la primera es la de acceso a las tecnologías (el 6,5% de los hogares con menores de 16 años no tiene ordenador o conexión a internet), pero las más preocupantes son las del uso y la

El Covid da más peso a los padres en la educación y eso crea más desigualdad

El 63% de docentes de centros difíciles ve analfabetismo digital en las familias



Estas dos polémicas, conocimiento y nivel de exigencia, van a marcar el paso de la desescalada escolar del Covid, junto a las desigualdades sociales y digitales que se han intensificado durante la pandemia. Y todo ello con una nueva ministra de Educación, Pilar Alegria, que tiene a su favor su disposición a dialogar con la comunidad educativa y un colchón de 4.400 millones de euros en los próximos tres años procedentes de fondos europeos.

Con ese dinero, el Gobierno ha comenzado a repartir 750.000 dispositivos electrónicos para alumnos en desventaja socioeconómica y va a destinar 320 millones de euros para recuperar el programa PROA, una especie de clases particulares por las tardes para los alumnos rezagados que tiene como objetivo mejorar los resultados académicos y prevenir el abandono temprano.

Sin embargo, un estudio del *think tank* EsadeEcPol cuantifica en 500 millones de euros el presupuesto que haría falta para arrancar con el PROA. El trabajo también plantea un MIR docente para dar mejores herramientas a

los profesores y acompañarlos a lo largo de su carrera, pero es una idea que el Gobierno aún no ha desarrollado.

Los profesores también están preocupados porque creen que la pérdida de aprendizaje por el Covid-19 puede provocar más abandono. Ismael Sanz, profesor de Economía Aplicada de la Universidad Rey Juan Carlos, ha calculado que los tres meses en los que los colegios estuvieron cerrados, entre marzo y junio de 2020, podrían suponerles a los *pandemics* una rebaja de en torno al 2% en sus salarios cuando sean adultos, mientras que la OCDE ha observado que los efectos sobre el aprendizaje de los estudiantes son más pronunciados en Secundaria que en Primaria y diferentes para las distintas asignaturas: las Matemáticas parecen ser las más vulnerables.

Éstas son las sombras que deja una emergencia sanitaria y social sin precedentes en el sistema educativo. Pero también hay cosas positivas. Por ejemplo, España ha sido uno de los países que menos clases ha perdido. La estrategia de prevención e higiene diseñada entre el Gobierno y las CCAA ha fun-

cionado, pues más del 90% de las aulas han permanecido abiertas, y las estrictas medidas seguidas por los colegios han servido como muro de contención frente al virus.

Encarnación Maínez enumera cómo los 1.350 alumnos y los 108 profesores del Cervantes se han tenido que tomar todos los días la temperatura, echarse gel en las manos y limpiar las mesas, siempre con la mascarilla puesta y con ventilación. Al cambiar de clase, se desinfectaba todo el mobiliario y no estaba permitido cambiar de



El ministro de Universidades, Manuel Castells. EFE

aula. Tuvieron que renunciar a los laboratorios y crearon *grupos burbuja*, aunque no era obligatorio para Secundaria.

«Han sido normas bien aplicadas. No hemos cerrado ningún aula y no se ha producido ningún contagio en el centro», celebra. Dice que la medida menos efectiva ha sido la de los termómetros —aunque sirven para disuadir a las familias de llevar a sus hijos con fiebre—; lo más difícil de mantener, el metro y medio de distancia entre mesas; y lo más duro, estar en invierno con las ventanas abiertas.

«Y ahora lo más necesario es vacunar pronto a todos los jóvenes», añade. «Los chicos no tienen la culpa de la quinta ola. Mientras estuvieron yendo a clase no hubo brotes, pero terminó el curso y los políticos les dieron el mensaje de que esto había pasado».

De esta experiencia el sistema educativo saca cuatro lecciones. La primera es que al virus no le gusta la disciplinaria rutina impuesta en las aulas: las cifras del Ministerio de Sanidad evidencian cómo a partir del 20 de junio se dispararon los contagios, sobre todo entre los 12 y los 29 años, coincidiendo con el

«El rendimiento mejora con grupos reducidos, pero eso obliga a más aulas»

«Los chicos no tienen la culpa de la quinta ola, es de los políticos»

final de las clases y la Selectividad.

La segunda es que, pese a todo, fue buena idea arriesgarse y abrir los colegios este curso, porque mantenerlos cerrados hubiera generado aún más desigualdad, según los catedráticos de Economía Almuena Sevilla (University College London) y Jorge Sainz (URJC y University of Bath).

La tercera es que el Covid-19 ha obligado a los padres a tener más protagonismo en la educación de sus hijos y eso perjudica a las familias más desfavorecidas (Sheila González y Xavier Bonal, profesores de Sociología de la Universidad Autónoma de Barcelona).

La cuarta es que la reducción del número de alumnos por aula «podría tener resultados efectivos en el largo plazo e incrementar las tasas de graduación en la ESO» (Sanz, Sevilla y Sainz).

«Hemos notado que tener grupos reducidos mejora el rendimiento, pero eso obligaría a construir más aulas y la mayoría de centros urbanos no tiene espacio», apunta Maínez. «Yo, si hay que elegir entre tener presencialidad total o bajar la ratio, apuesto por que los alumnos puedan venir a clase todos los días».